EL HOTEL DE EL ENCANTO

Por Carlos Hernán Castro Almario - 9 de agosto de 2006

Después de ver pasar diez horas del río Putumayo aguas abajo en un deslizador con motor fuera de borda de 200 caballos de fuerza, con todos sus árboles, canoas con peque peque, barcos con madera ilegal, balsas y dragas con brasileros y peruanos sacándole el oro de manera ilegal de sus entrañas, llegamos a El Encanto Amazonas un pequeño caserío junto a una base militar que funciona como cruce fluvial entre los ríos Putumayo y Caraparaná para madereros, comerciantes, militares, aventureros, funcionarios e investigadores que se adentran en la Amazonia por esta parte.

Las miradas sombrías de algunos lugareños, las indiferentes de otros y una que otra sonrisa nos dejaba ver que gente como nosotros era peste por ahí. Efectivamente, el primer personaje que vimos lo conocí como un arreglador de pistas de aeropuerto en La Chorrera. Allá me había dicho que era Ingeniero Civil, pero el desatino con el que se refirió a la costumbre del mambeo y el ambil que él en un *"gesto civilizado"* había prohibido a sus obreros uitoto me dejaba ver que de formación integral poco tenía.

Junto a él todo un equipo de *"ingenieros"* y obreros con overoles viejos de *"Trasnmilenio"* dejaban ver con claridad de donde provenían y sus labores en ese lugar.

Todos teníamos algo en común: compartíamos el único hotel que hacía un mes había abierto un indígena *"emprendedor"* murui. Este indígena además del hotel tenía unas mesas de billar y una pequeña cantina a la orilla del río.

Como visitantes lo que nos pareció extraño era que se hubiera profesionalizado tanto la cosa de la atención a los forasteros y que dentro de las treinta casitas del caserío una fuera un hotel diseñado y pensado desde el indígena para satisfacer las expectativas de confort y bienestar para el *"blanco*".

Eran diez habitaciones de tablas con las cicatrices dejadas en la madera por la motosierra, con un intento de maquillaje tras los colores fuertes y diversos con las que estaban pintadas. Su tamaños variaban entre habitaciones preferenciales de tres por tres metros con cielorraso en tabla, escaparate, cama de madera crujiente con colchón de espuma caliente, toldillo, mesa de noche, instalaciones eléctricas sobrepared con un bombillo y un tomacorriente en principio destinado para ventiladores de mesa o de piso, pero que a nosotros nos servia para cargar la batería del celular el cual usábamos como reloj o linterna cuando la luz de la planta del ejercito era cortada del fluido que habitualmente se ofrecía al caserío de 6 a 9 p.m.

Las otras habitaciones eran de aproximadamente dos por tres metros con una pequeña ventana construida a manera de persiana, cuyas medidas desiguales hacían dificultosa su cerrada. Todas las habitaciones contaban con su respectivo candado y juego de llaves con llavero tallado en formas diversas de balso. Las habitaciones estaban distribuidas en forma de rectángulo sobre un patio interno en donde estaban instaladas dos duchas con suficiente y permanente agua lluvia y un sistema de desagüe sin dirección que se escurría a través de las tablas del piso y que mantenían el suelo húmedo bajo las habitaciones. Las duchas a diferencia de toda la construcción se alzaban unos treinta centímetros del suelo; contaban con su tubo de PVC y lavamanos en porcelana, no tenían techo, pero si con una pequeña puerta de acabados rústicos que nunca se podía cerrar, pero que daba la sensación de privacidad.

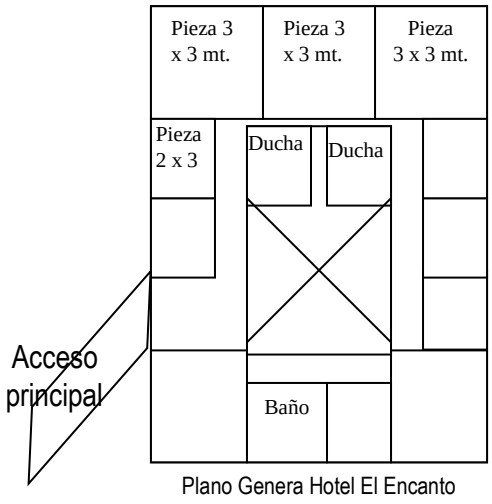
Las hendijas de la ducha habían sido delicadamente tapadas con guarda luces. Dentro de la casa sacrificando un par de habitaciones había un par de baños con taza de porcelana y un estrecho encierro que hacía soportable la estadía momentánea tras el destino que se tiene a este sitio.

Sin embargo, lo que me causó más gracia fue el techo (único en la zona) en una sola agua y con un bajo desnivel cuya cubierta eran hojas de zinc acanalado que después de las nueve de la mañana hacían insoportable la permanencia dentro de las habitaciones por el excesivo calor que se concentraba. *(a nosotros nos costó $2.000 por kilo la carga que transportábamos desde Leguizamo hasta allá, ¿se imaginan cuando habrá costado llevar las tejas de zinc?).*

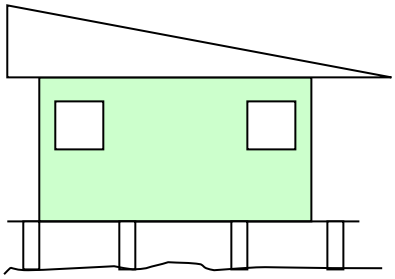
Me preguntaba por que no habían sido techadas con esas bellas y pronunciadas formas de los techos de las malocas y cubiertas con las frescas hoja de palmas; después descubrí que para los indígenas de esa zona esa forma tradicional era vergonzosa y no reflejaba el estatus con el que se quería atender al *"blanco".*

El piso de tabla levantado unos setenta centímetros del suelo de acabado burdo a diferencia de las otras casas era trapeado todas las mañanas con ACPM, el cual dejaba un fuerte olor

que duraba hasta la noche y que hacía difícil la respiración, aún así daba la apariencia de lustradas.



Plano Genera Hotel El Encanto


Vista frontal Hotel El

Sin embargo, para el indígena murui propietario del hotel era su orgullo, la mejor interpretación de confort, bienestar y desarrollo para el blanco.

En ese instante comprendí lo equivocados que estamos cuando intentamos forjar elementos o circunstancias para el confort o desarrollo de culturas diferentes a las nuestras; terminamos concibiendo malos y deficientes productos que como el hotel de El Encanto solo se usan por gentileza o por mera necesidad.

Esa fue la lección que en la práctica aprendí para reflexionar en torno a la actitud que tenemos cuando formulamos planes, diseñamos acciones o definimos circunstancias para desarrollar a pueblos con otras culturas, pues son ellos mismos los que saben que necesitan y que quieren.